

Historias de habitaciones de Hotel

De Bas Kwakman

Traducciones de Andrea Rivas y Gustavo Osorio

Plaza Hotel, Bruselas (Bélgica)

Estoy sentado en el *lobby* del Plaza Hotel en Bruselas, esperando al ganador del Nobel, Derek Walcott, y a su esposa. Walcott, que vive en la isla de Santa Lucía en el Caribe, está en Europa para leer su poema épico *Omeros* y para atender a la lectura de Cola Debrot en Amsterdam.

No es la primera vez que espero a Walcott. Hace algunos años, justo después de que lo contactáramos, pagáramos los costos de su viaje, sus honorarios y de que nos enviara los acuerdos para utilizar sus poemas, así como el programa completo del festival, llamó para decir que había sido asaltado en París. Su pasaporte, cartera, las notas para su último libro, todo perdido. Completamente abatido, decidió volver a su isla. Sin parada en Rotterdam.

Un año después, estaba yo tomando el desayuno en un festival en Dublín con el poeta irlandés Seamus Heaney y el director del festival John McAuliffe. Heaney estaba angustiado por su amigo y compañero laureado con el Nobel, Walcott, quien había cancelado la noche anterior. Entre cada sorbo de café que tomábamos John y yo, Heaney sacaba de su bolsillo una licorera con Black Label y servía otro trago en nuestras tazas. —El nivel debe permanecer igual, decía.

—Me alegra que hayas podido tomar el lugar de Derek, Seamus —dijo el director irlandés del festival—. Sonaba fuera de sí, el pobre. Asaltado en París. Todo perdido. Pasaporte, cartera, incluso las notas para su última colección. Terrible.

—Ah, Derek —reía Heaney, sirviendo otro trago de Black Label en el café de John—, ¿contó su historia del robo otra vez?

Llegan Walcott y su esposa. Él lleva un libro viejo con funda de lino y lo coloca cuidadosamente en la orilla de la mesa. —Freud —dice—, primera edición. Su esposa le pregunta qué quiere beber.

Él: Limonada.

Ella: ¿Limonada?

Él: ¿Limonada?

Ella: ¿Vino?

Él: No, limonada.

Ella: Ya bebimos muchísimo vino hoy. Esta tarde, con el almuerzo. ¿Quieres algo más?

Él: Sí, limonada.

Ella: Mesero, una limonada.

Mesero: No tenemos limonada.

Ella: No tienen limonada.

Él: Quiero limonada.

Ella, al mesero: Quiere limonada.

Mesero: No tenemos limonada.

Ella, con una sonrisa: ¿Debo aventarte esta silla?

Mesero: No.

Ella: Esta tarde estuvimos sentados en la terraza. Cuando giré mi silla para poder sentarme mirando a Derek, un mesero de mal modo me dijo que devolviera la silla a su posición. Todas las sillas necesitan estar mirando hacia la calle. Fuimos forzados a ver las espaldas de otra gente. ¿Quieres *ice tea*?

Él: Sí, *ice tea*.

Él mira al menú.

—Lo escribieron mal. Es *iced tea*. Dame una pluma, voy a corregirlo.

Ella toma su bolsa y saca un libro de la editorial Taschen sobre el surrealismo que pone sobre Freud, mientras busca una pluma.

—¿Y pastel?

Él: Sí, pastel.

Ella: Con helado.

Él: Sí, con helado.

Ella: ¿Qué tipo de pasteles tienen? Ooh, puedo ver pay de queso. ¿Pay de queso? ¿Quieres pay de queso? ¿Tienen pay de queso?

Mesero: Tenemos fresa, manzana y chabacano.

Ella: Puedo ver pay de queso, ahí, justo arriba.

Mesero: Eso es pay de arroz.

Ella: ¿Pay de arroz?

Mesero: Pay de arroz.

Ella: Tienen pay de arroz.

Walcott se ve molesto.

Ella: ¿Qué quieres? ¿Fresa, manzana o chabacano?

Él: Chabacano. Quiero chabacano con helado.

Ella: Quiere chabacano con helado.

Él: ¿Quién puso esa maldita mierda sobre mi libro? ¿De quién es ese libro?

Ella: Mío.

Él: ¡Mueve esa mierda! ¡Ahora!

Ella me mira, sorprendida. Mueve su libro. Luego mira a Derek y le saca la lengua.

Derek mueve su silla más cerca de mí.

—¿Sabías que la gente de mi isla son mejores leyendo a Dickens y a Shakespeare que los lectores de Londres? Cuando miran afuera, no puede conectar nada con esa literatura. Odio todo y a todo aquel que se entromete en el camino de la literatura universal. Particularmente a los grupos. El virtuosismo es atemporal. Tienes talento, tu talento madura y bam, eres Rimbaud. Picasso. ¿Ese premio? Tss. Ni siquiera se atrevieron a dárselo a Joyce. Esos suecos cobardes no se atrevieron al menos a honrar a su propio Tranströmer¹. ¿Sabías que hay que pagar impuestos sobre el premio? No es broma. El Nobel tiene jodido impuesto. Tengo que irme. No puedo ver el mar. Quiero estar en un lugar donde los árboles atraviesen el mar. No será bueno en Amsterdam. ¿Sabías que el mar del Caribe es tan antiguo que contiene la misma agua que el mar Egeo? Olas. Solo olas. Olas que ruedan hacia la playa como los hexámetros de Dante y de Homero.

El mesero lleva el *ice tea*.

Él: ¿Qué es esto?

Ella: Es *ice tea*.

Él: No es *ice tea*.

Ella: Es *ice tea*.

Él: ¿Está endulzado?

Ella: Pruébalo para saber si está endulzado.

Él: No quiero *ice tea* endulzado.

Ella: Pruébalo primero.

¹ Tranströmer ganó el premio en 2011.

Él: Es gaseoso.

Ella: Sí, es *ice tea* gaseoso.

Él toma un sorbo.

—Puaj, es dulce. Tú tómatelo.

Ella: Yo no quiero *ice tea*.

Él: Tú tienes que tomártelo.

Ella bebe. El mesero lleva una pay de chabacano.

Él: ¿Qué es eso?

Ella: Es tu pay de chabacano.

Él: Quiero más cucharas.

Ella: ¿Qué quieres?

Él: Más cucharas.

Ella: Mesero, quiere más cucharas.

Walcott me da una de las cucharas. —Ten. ¡Come! ¡A mí no me gusta el pay de chabacano!
Come.

Tomo un pedazo.

Él: ¿Cuántos libros tienes? Y, recuérdame, ¿a qué te dedicas?

Yo: Soy director de *Poetry International* en Rotterdam.

Él: ¿Tú? Tú no puedes ser el director de *Poetry International*. No puedes lidiar con una agenda. Nunca podrías organizar un festival tan grande.

Lux Hotel, Sainshand (Mongolia)

Stevie es un joven inglés de la clase trabajadora de Newcastle. Sus padres fueron trabajadores de la fábrica, con fuertes oposiciones a la monarquía y fanáticos de las artes marciales. Cada tarde la familia se sentaba a ver competencias de K1. Stevie comenzó su carrera con el Muay Thai y más tarde se cambió al kickboxing. Empezó a pelear en las jaulas de Artes Marciales Mixtas (MMA) muy joven y compitió casi a diario durante siete años. A pesar de su pequeña y desmejorada figura, nunca perdió una sola pelea. Durante las vacaciones, se permitía a sí mismo dejarse llevar por el arroyo de jóvenes ingleses ebrios que se dirigían hacia Torremolinos, Chersonissos o Albufeira, donde se ganaba el costo de sus vuelos trabajando como golpeador. Cuando terminaba su turno, él y sus amigos lanzaban cerveza sobre la pista de baile antes de deslizarse en ella sobre sus espaldas (el Caracol), se sacaban el forro de las bolsas de sus pantalones y sus penes (el Elefante), o se bajaban los pantalones, guardaban sus genitales apretando las piernas y corrían gritando a través de las calles del sitio vacacional: “*¡Miren, el último pollo en la tienda!*”

Como portero en Newcastle, él era el hombre a derrotar. Cada fin de semana, sus ebrios, o en todo caso, intoxicados amigos y conciudadanos decidían probar su fuerza contra el pequeño hombre en la puerta del antro. “Te acostumbras a golpear a la gente en la cara cada noche,” decía Stevie.

Nadie nunca pudo golpearlo. Stevie era invencible. Lo renombraron Highlander. El inmortal.

Después de un encuentro de MMA en Moscú en contra de un ruso, a quién había noqueado en el tercer round, Stevie entró en el kiosco de la estación para conseguir algo que leer en el camino a casa. Tomó el libro más delgado que pudo encontrar en el mostrador y se subió al tren. Era la colección de poesía *Twarz trzecta* (El Tercer Rostro) del poeta polaco, Tadeusz Różewicz. Stevie la abrió y leyó:

Ocupado / con negocios mucho más urgentes / olvidé / que uno también / necesita morir

El poema terminaba con: *Debería pronto comenzar a morir / sabio y de buena forma / sin desperdiciar tiempo alguno.*

Stevie leyó y releyó la colección y luego la cerró de golpe y de manera resoluta. Es lo que pretende cualquier obra de arte: perturbar la vida de alguien. *Du sollst dein leben ändern.* “Voy a ser un poeta” Stevie dijo en voz alta en el carro vacío. “Poeta”. Cambió las jaulas de la MMA y las puertas de los antros de Newcastle por un trabajo como guía en el Museo Británico y comenzó a leer. Leía todo aquello que caía en sus manos. Los libros de la biblioteca del museo, las colecciones de los libreros y anticuarios alrededor de Sussell Square. Leía historia, historia del arte, filosofía, teología, antropología y libros y libros de poesía internacional.

Su iniciación poco ortodoxa en la literatura y su amor por Różewicz, hicieron de Stevie un lector independiente. Como lector independiente, pronto descubrió que había algo extraño en la poesía anglófona moderna. Una poderosa tradición y frenética experimentación le habían dado a los británicos a TS Eliot, James Joyce y a Samuel Beckett. Lenguaje que fluía. Pero el arroyo se había desecado, y se había vuelto una lodosa y gris piscina llena de cobardes mariquitas del lenguaje debido a débiles anécdotas de la hora del té, ponderaciones de juventud e insipientes reflexiones sobre la corteza del árbol y el viento sobre los campos. Poesía de modelo. Stevie decidió ocupar su propio lenguaje, su imaginación personal y curiosidad sin prejuicios sobre el arte y la cultura fuera del Commonwealth para entrar en las jaulas de la poesía británica y abrirlas a golpes desde dentro.

Es tarde y estoy atorado en un suburbio de Sainshand en Mongolia. Monótonos bloques y apartamentos están intercalados con tiendas grises y redondas asentadas en el barro y la arena. Ya está oscuro y necesito regresar a mi hotel en el centro. Una empresa peligrosa para un extranjero a esta hora de la noche. El poeta al cual he venido a visitar le pide a su hijo de quince años quien, tras un intercambio en una escuela británica, habla un inglés razonable, que me acompañe. Caminamos juntos en los linderos del barrio, un camino arenoso a través del cual una fila larga de autos lentamente se arrastra hacia el centro. El chico sostiene en alto su mano y vemos las luces de un auto parpadear en la fila. “Tenemos suerte”, dice el chico. “Muy rápido. Usualmente toma un par de horas”.

Hay tres adolescentes larguiruchos en el auto. Chamarras de cuero viejas, jeans sucios, cabello despeinado y el cuello rasurado. Ellos no hablan, pero cuando comenzamos a avanzar, escucho cómo se bajan los seguros del auto. Después de un rato, el auto gira abruptamente hacia una calle lateral y un poco después nos encontramos estacionados en un callejón oscuro entre un burdel y un depósito de chatarra. Aprieto con fuerza contra mi pecho la mochila que lleva mis libretas y un bloc de dibujo. Los chicos hablan entre ellos, mi joven guía escucha atentamente mientras su preocupación crece.

“Cuáles son tus peleadores favoritos del MMA” me pregunta repentina y fuertemente. Pienso por un momento.

“Soy amigo del Highlander”, respondo.

“¿El Highlander? ¿El pequeño Stevie de Newcastle? ¡Es mi héroe!” dice el chico, y azota su puño tres veces contra el asiento del conductor.

“Badr Hari de Holanda claro que es bueno,” dijo tan despreocupadamente como pudo, “pero el Highlander, el Highlander es el mejor. Codo arriba, mano abajo, apuntar al triángulo, ojos-nariz, eso fue lo que me enseñó.”

Los dos chicos en el frente se miraron uno al otro por un momento. Después el conductor arrancó el auto y lo dirigió de nuevo hacia la fila. Media hora más tarde, nos dejaron en frente del hotel.



27. Gran Hotel I, Medellín (Colombia)

Traducciones de Diego Puls

Cuando aterrizo en el aeropuerto de Medellín me espera Fernando, el director del festival de poesía. Agita un ejemplar del diario *El Mundo*.

—¡Mira!— me dice señalando un artículo en el que se menciona que los poetas invitados al «corrupto Festival Internacional de Poesía» de Medellín, entre ellos el señor Kwakman, de Holanda, han sido visitados en sus habitaciones de hotel por una milicia de las FARC y que ahora dichos invitados son simpatizantes del movimiento terrorista.

Lo miro conmovido. ¿Significa que en adelante llevo marcada en la frente una cruz roja? ¿Tengo que regresarme ipso facto a mi país? Fernando se ríe mientras me empuja dentro del auto que nos llevará al Gran Hotel.

—No te preocupes, chico. El autor del artículo es Tenorio. Está enojado porque no lo invité al festival como poeta.

En el lobby del Gran Hotel me encuentro con Gerard, un holandés alto y jovial con una voz

gorgoteante. Es sociólogo político. Por encargo de la Universidad de Georgetown, de Washington, está investigando cómo en un par de años Medellín logró dejar de ser la ciudad más peligrosa del mundo para convertirse en el lugar relativamente seguro que es ahora. Me cuenta de su profusa red de contactos colombianos, que se encargan de concederle vía libre durante sus incomparables misiones por la ciudad: los comisarios de policía, el alcalde, los escritores, artistas, concejales, dueños de bares de salsa, taxistas, traficantes de coca, gerentes de prostíbulos, funcionarios públicos, policías, ex milicianos y antiguos escobaristas. Al cabo de la charla nos quedamos tomando cerveza con limón en el lobby del hotel hasta mucho después de la hora de cierre y al despedirse me dice:

—Esta semana pasaré todos los días por el hotel a las 10 de la mañana para preguntarte si a lo largo de la jornada tienes ganas y tiempo de compartir conmigo mis vivencias.

—Está bien— le contesto—. Mañana al final de la tarde.

Esa noche, con grandes zancadas y tres diarios colombianos bajo el brazo, Gerard hace su aparición en el lobby del Nutibara, donde acaba de iniciarse una conferencia de prensa sobre el festival. El director del evento interrumpe su discurso cuando vislumbra a Gerard y se eleva un griterío de júbilo. Los poetas, los traductores, los colaboradores del festival, la prensa, los camareros, todos saludan a Gerard como a un amigo íntimo. Él atraviesa el recinto, bordea el podio y se dirige en línea recta al encargado en funciones para agradecerle con gran alharaca por haberle servido cerveza con limón hasta mucho después de la hora de cierre la noche anterior.

Luego se da vuelta y me dice en voz alta:

—¿Vamos?

—¿Adónde?

—A la charla del general Dagoberto García Cáceres para los vecinos de Santo Domingo Savio, el barrio más pobre de la ciudad.

Dejamos atrás el centro y nos internamos por los cerros. Medellín es una ciudad estrecha y alargada, donde tres millones de personas viven atenazadas por una escarpada cordillera. Una bañera donde la mugre se deposita bien arriba en los bordes; cuanto más arriba, más miserable, sucia y peligrosa se vuelve la ciudad. Primero atravesamos Prado, que con algo de fantasía todavía puede pasar por una especie de Montmartre. Luego seguimos hacia Manrique, donde

comienza el desastre. Un laberinto de construcciones de piedra, casuchas de madera apiladas de forma provisional, barracones con techos de chapa y plástico que hacen las veces de bares, carros viejos hechos chatarra formando las paredes de una sala de billar al aire libre o una arena para peleas de gallos. Un anciano desnudo instalado delante de un balde de agua se echa agua en la cabeza con la mano. Dos adolescentes embarazadas cruzan una plaza en moto a gran velocidad, seguidas de una decena de niños gritando medio en cueros. Cae la tarde. El estrecho camino ya no está empedrado más que hasta la mitad y empieza a hacerse empinado de una manera irresponsable. En cada curva cerrada evitamos chocarnos a duras penas con buses urbanos, con furgonetas atestadas o con chicos que se lanzan cuesta abajo en motocicleta despreciando la muerte. Vía Manrique continuamos hasta Santo Domingo Savio pasando por Granizal.

Medellín consta de dieciséis comunas y cada comuna se compone de hasta una veintena de barrios. El Poblado, al otro lado de la bañera, es la comuna más elegante. Santo Domingo Savio y Granizal son la antítesis. Los vecinos de estas dos últimas se han reunido esta noche en una sala comunal para asistir a la charla del general. Un búnker gris construido con bastos bloques de cemento sin pintar. En la entrada hay un grupo de unos diez militares en trajes de camuflaje fuertemente armados. Alrededor del edificio, con dos metros de espacio entre ellos, hay apostados varios miembros de la policía militar con las piernas separadas y sosteniendo con ambas manos sendas ametralladoras con los cañones inclinados hacia abajo. Enfrente de los soldados, al otro lado de la calle, veo detrás de unas barricadas de hormigón, en la arena y el barro, un grupito de chicos inmóviles. Calculo que tendrán entre 15 y 20 años, los torsos desnudos, pantalones de tiro bajo que dejan al descubierto parte de los calzoncillos y bandanas rojas en la cabeza. Tienen fijadas sus miradas en nosotros.

Gerard saluda primero a los chicos agitando el brazo y, haciendo lo propio con algunos militares a diestra y siniestra, monta luego la escalinata y entra. Yo lo sigo, temeroso de que cada metro que se abra entre nosotros lo ocupe un soldado con una ametralladora o un adolescente con una navaja.

Una mujer menuda de edad avanzada busca unas sillas plegables y nos las instala en el fondo de la sala. Todos giran la cabeza. Gringos. Demasiado altos, demasiado ruidosos y demasiado tarde. La sala es pequeña. Hay unas ochenta personas mirando un podio poco profundo y más bien

ancho con una mesa larga encima. Detrás de la mesa han colgado unas telas multicolores de gran tamaño con textos sobre la policía, escudos de armas de la Seguridad y coloridas pancartas de las comisiones comunales implicadas. A un costado del podio, detrás de una cátedra de madera con el escudo de la comuna y profusas tallas en madera se ha instalado una mujer de expresión severa, fuertemente armada y vistiendo un uniforme del ejército. Lleva el cabello estirado hacia atrás, su boca es rojo carmín y anota todo lo que se dice. Sentadas a la mesa en el podio hay trece personas. La Última Cena de Santo Domingo Savio. A la izquierda, seis soldados con pleno equipo de camuflaje. A la derecha, seis miembros de la policía militar en trajes de combate azul oscuro. En el centro una hermosa joven con una minifalda roja. Una cara de rasgos indígenas con grandes ojos marrones negruzcos, cejas que a la mitad están dibujadas con un enérgico desvío hacia las sienes y una boca roja coral fuertemente resaltada. Cabello brillante negro azabache que fluye como terciopelo sobre el vestido rojo profundo. Se me corta la respiración.

Gerard se inclina hacia mí y me dice en voz baja:

—La vocera del municipio. A su derecha el general; los dos primeros de la izquierda, capos del ejército. El resto, policía militar.

El general toma la palabra. Da la bienvenida a los dos gringos y pasa revista a los antecedentes de los miembros del público congregado en la sala. Son los presidentes de los distintos comités barriales. Paramilitares desmovilizados, arrepentidos de las milicias de la droga e integrantes licenciados de las distintas agrupaciones guerrilleras de izquierda que, con excepción de las FARC, hace unos años entregaron las armas. Un gigante moreno a mi lado, a cuya amplia sonrisa he correspondido con devoción al entrar, se levanta. Como todos los que toman la palabra, comienza diciendo quién es y cuál fue su papel en la situación de guerra de hace unos años. Habla largo y tendido, con muchos aspavientos y una mímica impetuosa. Gerard me susurra la traducción al oído:

—Paramilitar, milicia derecha, factótum. Asesinó sobre todo a guerrilleros de izquierda en la selva del norte. Algunos miembros de esas guerrillas están sentados allí adelante en la sala.

—¿Qué quiere?

—Empleo.

—¿Eso es todo? Lleva más de quince minutos hablando.

—Sip— dice Gerard.

El general responde a los vecinos y la vocera le susurra todas sus conclusiones al oído, volviendo de vez en cuando la cara hacia la sala. Una anciana menuda se levanta y pide una reducción de la dosis mínima de drogas que puede tener en su poder un individuo. Dos de sus hijos han sido víctimas de la violencia de la droga hace unos años y su último hijo ahora es drogadicto.

El general ofrece una descripción detallada de los nuevos pequeños tribunales que se crearán en cada barrio, lo que permitirá que cada cual pueda contactar con la Justicia de forma inmediata y accesible en su propia comuna. Sigue hablando sobre el traslado de una de las minicomisarías en el barrio y sobre el hecho de que los campos de deporte durante el día son para las escuelas, pero que por las noches pueden ser utilizadas por la gente del barrio.

Las principales preguntas de los vecinos se refieren al número de agentes de policía en la comuna, la cantidad de puestos de policía y los lugares donde serán construidos. Surgen discrepancias entre Santo Domingo Savio y Granizal sobre la ubicación de una nueva comisaría. Resulta que el pequeño edificio se erigirá justo en el límite entre ambos.

—En cualquier caso, dentro de poco este barrio pasará de dos a seis guardias vecinales sin armas— dice el general, lo que lo hace merecedor de su primer aplauso. La sala atestada de asesinos que durante años estuvieron a matar entre ellos aplaude fraternalmente por un policía extra en la comuna.

Después de unas dos horas la sesión se termina. La gente se levanta, pliega sus sillas y se las lleva a los colaboradores del centro barrial apostados en la entrada. Un joven se me acerca y me besa en la mejilla. Se da una palmada en el pecho y dice en voz alta:

—¡Jorge!

El resto no alcanzo a entenderlo.

—Te quiere— dice Gerard.

—¿Por qué?

—Por estar aquí.

El general salta con destreza del podio y se dirige directamente hacia mí, con la roja María Magdalena y los doce apóstoles uniformados a la zaga. Me abraza. Siento el rígido material de su traje de soldado, el cuero del cinturón y su pistola rozándome la entrepierna.

—Es amigo mío— le dice Jorge al general.

Me presento al general y Gerard traduce.

—Dice que no precisa traducción porque ya sabe que eres su amigo.

Quise decirle algo a la hermosa vocera, pero esta se precipita escaleras abajo detrás del general y se sube a su carro. Dos ancianas vistiendo severos vestidos floridos se plantan frente a mí; una me agarra del brazo y me arrastra hacia el costado del edificio. La otra camina detrás de mí y apoyando ambas manos en mi espalda me empuja hacia arriba por una calle vacía, desagradablemente empinada. Oigo cómo parten el carro del general y los camiones con los soldados. Está oscuro y la calle no cuenta con alumbrado. Oigo detrás de mí a Gerard, que me habla sobre el papel de esta comuna durante el régimen de Escobar. Los vecinos habían contratado mercenarios para sacudirse a las milicias de la droga, la guerrilla de izquierda y los escuadrones de la muerte de derecha, pero al final los mercenarios resultaron ser peores. A la vera del camino es un desastre. Entre montañas de escombros, restos de carros oxidados y material de construcción desechado hay casitas precarias con paredes de cartón yeso, bloques de cemento y plástico. Los techos se componen de trozos sueltos de cinc, plástico negro y chapa. Delante de las casas hay mujeres jóvenes en bikini con niños en brazos. Nos llaman.

—Que entremos. Quieren darte algo— dice Gerard.

—¿Y qué es lo que quieren darme?

—Todo lo que tienen.